

LOS SUEÑOS DE LOS GESTORES  
DEL ESPACIO PÚBLICO ENGENDRAN  
MONSTRUOS AMBULANTES

Anabelle Contreras

---

VIDA URBANA Y DERECHO A LA CIUDAD / **RESEÑA BIBLIOGRÁFICA**

# LOS SUEÑOS DE LOS GESTORES DEL ESPACIO PÚBLICO ENGENDRAN MONSTRUOS AMBULANTES

Dra. Phil. Anabelle Contreras

Universidad Nacional de Costa Rica

Invitada Nacional

[anabelle2308@yahoo.com](mailto:anabelle2308@yahoo.com)

Recibido : Marzo 2015 / Aceptado : Mayo-2015

Reseña del libro: Durán, Luis. (2013). *"Cartografías josefinas: Ventas ambulantes y espacio público"*. Editorial Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica. ISBN: 978-9977-65-404-1

## RESUMEN

La presente reseña recoge la intervención realizada por la Dra. Anabelle Contreras Castro en la presentación pública del libro "Cartografías josefinas: Ventas ambulantes y espacio público", en el mes de noviembre del año 2013 en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Costa Rica. En su comentario, la autora dialoga propositivamente con el desarrollo del texto y, además, con su contexto urbano, cultural y político. Enlaza así, el contenido de la publicación con las coyunturas históricas y contemporáneas del espacio público en la ciudad de San José, Costa Rica.

**Palabras Clave:** ciudad; espacio público; planificación urbana; San José; ventas ambulantes.

## ABSTRACT

This book review is the public presentation by PhD Anabelle Castro Contreras of the book "Cartografías josefinas: Ventas ambulantes y espacio público" made during the month of November 2013 at the School of Architecture, the University of Costa Rica. The author analyzes the core ideas by frame them into their urban, cultural and political context. In doing this, Contreras links the content of the publication with the historical and contemporary situations of public space in the city of San Jose, Costa Rica.

**Keywords:** city; peddling; public space; San Jose; urban planning.

Como eso que hoy llamamos espacio público fue alguna vez, aunque parezca cada día más irreal, **de veras público**, y esos vendedores que hoy son marcados de ilegales en realidad son ilegalizados, Luis Durán, para hablar de la conflictiva relación de las ventas ambulantes y los hacedores de las políticas urbanas, asume la **obligación de historizar** tanto las improvisaciones heurísticas que la gente que depende de ellas hace para sobrevivir, como su respectiva ilegalización. Solo de esta manera se puede tratar de evitar que ciertos tipos de violencia y ciertos estigmas sociales sean naturalizados. Si, como muestra el libro que hoy nos convoca, la venta ambulante es una práctica ancestral, que otrora gozara de prestigio, reputación y libertad, este también devela en cuáles momentos y por qué esa práctica es igualada a la vagabundería, la barbarie y “otros vicios”.

El largo proceso de represión y control del espacio público en nuestra capital, lo demuestra Luis, es hijo de la conquista española, agudizado luego por la modernización de los gobiernos liberales de fines del siglo XIX, y perfeccionado con el pasar de las décadas, hasta llegar a este absurdo San José, lleno de cámaras, torres vigías y polizontes, de disciplina decimonónica adornada con tecnología de siglo XXI.

Tanto trabajó la máquina de la conquista marcando, racializando y reprimiendo, que las gentes del continente resultaron, mestizas, indias, oscuras, incivilizadas. Y tanto habían esperado los criollos el fin del monopolio del comercio de bienes para dominar las transacciones con el mercado exterior, que esas mismas gentes resultaron excluidas, retrógradas y pre-modernas; campesinos empobrecidos y urbanizados de los cuales algunos se estrenaron como vendedores ambulantes adaptados al capitalismo, un sistema que llegaba pero sin incluirlos. Desde entonces, quienes se dedican al ambulante han ofrecido un horrible espejo que devuelve lo construido **como blanco y europeo** a su origen, y que muestra los fracasos o las intenciones más perversas de quienes planifican la ciudad.

Si ya considerábamos la modernización creativa y generosa, en cuanto a producción de divisiones, nuevas identidades y binomios, desprendidos de aquella gran dualidad de **civilización y barbarie**, con el libro de Luis vemos la vida josefina a través de más binarios: estacionarios/ambulantes, patentados/sin patente, legales,/ilegalizados, comerciantes/ambulantes, los de adentro del mercado/los de afuera, comercio bonito/comercio feo, adquisiciones/apropiaciones, uso decente/uso insolente del espacio público, lo sucio/lo limpio, fino, pulcro, elegante, economía formal/informal.

Pero esas gentes que venden, nómadas, serán cualquier cosa menos iletrados, nos muestra Luis, pues escriben sobre la ciudad con otro alfabeto. Las grafías y huellas, los rayones en el suelo y en el aire, esos pregones tomados por contaminación auditiva, recitan entre líneas el resultado de un viejo juego de toma y daca con la Muni: por cada *plan urbanístico te devuelvo dos trucos*. Y saben tanto de letra que gritan “hojas” en vez de “ojos” para visar que la policía viene, como recordando esa experiencia ya centenaria de que la letra está unida en nuestro continente a documento, a ciudad letrada, a exclusión. Por ello, y a pesar de esta democracia que se dice participativa, esos son seres mudos a la hora que se trate de planificar la ciudad que usan.

El espacio público no genera multiplicidad de voces públicas. Antes, sus características podrían ser contadas, y hasta cantadas en algo así como un **rap de la cárcel en rima perfecta**, con verbos como higienizar, cuadrricular, controlar, moralizar, expropiar, criminalizar, estigmatizar, acorralar, homogeneizar, anormalizar, expulsar, residualizar, privatizar, desocupar. Ante ello, su lógica y necesaria respuesta ha sido aquella de cuestionar, subvertir, indisciplinar, insistir, correr, inventar formas de sociabilidad e innovar vías de gestionar la vida.

Y las élites gobernantes, que no usan pero deciden los límites de lo público, continúan diseñando espacios que excluyen a gente que sí los usa y les da vida. Y entonces, aquello que los primeros despliegan y llaman **solucionar**: como la planificación e intervención urbana, la limpieza, el ordenamiento, la seguridad ciudadana, para otros significa garrote, amenaza, despojo, inseguridad. Y no todos los objetivos se logran por coerción. Los discursos se subjetivizan, lo constata Luis, se hacen carne y sangre y en algún momento, esas mujeres, esos niños, esas viejas, esas personas irreverentes, caóticas, que aparecen en las noticias, aludidas sin nombre ni historia, que reinterpretan leyes, las burlan, intrusas despojadas de su humanidad y metidas en un saco destinatario de otros con igual suerte, como indigentes, hampones, prostitutas, drogadictos, no importa las diferencias, la agresión del agrupamiento arbitrario, esas personas que quedan igualadas ante la Municipalidad, ojalá no sean muchas, asumen como le dijo alguno a Luis, que tal vez San José sea “un lugar muy limpio para nosotros, como dice la tele”.

Las y los vendedores ambulantes se refieren a la máxima institución reguladora como la Muni, así, nombrada con diminutivo no por cariño y agradecimiento sino porque, aunque aumentada por su número de medidas políticas contra la pobreza

pero no para erradicarla, se presenta disminuida ante las verdaderas necesidades de la gran mayoría de la población josefina. Y a pesar de ella, cada día, los y las vendedoras ambulantes inician su terca *coreografía del rebusque*, detectan zonas de tregua, se instalan en espacios donde son indeseables, y con silbidos, gestos y tácticas de camuflaje corren cuando sube la marea de policías, que amenaza con arrasar sus derechos ciudadanos y sus mercancías, y se escurren por las rendijas hacia la próxima táctica. Y así describe Luis esa denigrante coreografía que llama en su libro **hidrostática**: *"protagonizan movimientos líquidos, aprovechan los accidentes del terreno, reorientan causes, se filtran por las fisuras e intersticios, agitan las cuadrículas institucionales", "utilizan los mobiliarios predispuestos en el espacio público, una banca, un pasillo de bus, un desnivel, unas gradas, la sombra de un edificio"* y con ello logran erosionar y socavar las absurdas reglas y, convertidos en cartógrafos **espurios** trazan, una vez más, el siempre renovado mapa de la resistencia. *"Una manera propia de practicar la ciudad", dice Luis, "una prosodia que entona en otra frecuencia los mensajes dominantes"*

Y su huída se asemeja a esa práctica urbana llamada **Parkour**, que consiste en un particular uso de la ciudad por la que se avanza saltando por techos, rejas y tapias, nacida en los suburbios de París. San José, finalmente, sí llegó a parecerse a París, aunque no en lo que las élites cafetaleras soñarían. Ante esa persecución repentina de la policía, y en parálisis temporal, se quedan quienes solo pueden comprar ahí, aquellos que no pueden ir al supermercado, al cine, al mall, a la juguetería de irrompibles y prefieren, no por amor a lo efímero, clones, imitaciones que vienen gracias a los tratados de la economía global, y que son lindas gracias al gusto que posibilita la carencia. Gentes que prefieren esas baratijas chinas, flores de un día como la satisfacción que provoca su adquisición, esos chunches de colores que un artista legitimado podría exhibir en un museo para que un avisado crítico de arte hable del kitsh o el camp, del arte de los excesos, que se goza tanto ahí como en las casas de quienes ignoran que son artistas del reciclaje y la imitación del "buen gusto".

Y cuando ha bajado el nivel de adrenalina, cuando se comprueba que la policía está perdiendo el tiempo en otra parte, volvemos a ver las objetivaciones de la resistencia. La "plaga" regresa, adapta dos metros cuadrados a sus necesidades fundamentales, a las de su familia, y monta el puesto efímero en donde exhibe, junto a las chucherías de venta al menudeo, las aspiraciones de mejorar sus vidas, que para la Muni son,

también, chucherías que intenta eliminar al por mayor.

Luis nos afina las percepciones del espacio al mostrarlo altamente disputado, ideologizado, altamente político, el espacio como concreción de discursos que se renuevan, y al visibilizar las peripecias de los vendedores ambulantes que lo viven, entre la coerción y una resistencia que no se dan en igualdad de condiciones. Por ello, el Mercado Central se nos figura como cárcel de la diversidad comercial callejera, que contiene y homogeniza mercaderes que tienen que caber en un par de metros cuadrados legales, convertidos así en patrimonializables. Mientras tanto, ojos no avisados vemos en el Mercado Central solamente un folclórico lugar que alberga múltiples prácticas culturales fascinantes y dignas de mostrar a turistas, de rescatar y defender, un espacio de aparente tolerancia, pero que nació de este intento por reglamentar las ventas y limpiar las calles, y quedó a la disposición de quien pudiera pagar las cuotas que pide este sistema en el que todo tiene un precio.

Uno de los puntos más inteligentes del libro es cuando analiza el **Performance del Alcalde inquisidor**, una creativa forma ritualizada de simbolizar el poder, la dominación, la asimetría y la desigualdad; una ceremonia que Johnny Araya protagoniza con la gran quema de CDs y DVDs piratas. Un ritual cuya estética y contenido asocia Luis con la quema de brujas, pero que bien podría llevarnos más atrás, y regresarnos hasta la quema de códices que la conquista realizó como performance de escarmiento, como límite entre cultura y barbarie. Se realiza la quema del archivo, de esos objetos que contienen la energía de quienes los poseyeron, objetos malditos, endemoniados, que portan saberes que no hay que conocer, que hay que eliminar porque tienen la marca del diablo de la pobreza y los fracasos institucionales. Este cura profano realiza el juicio y, sin escuchar a ningún abogado defensor, condena a todo vendedor ambulante a la muerte en la hoguera, *cosificando lo humano, humanizando la cosa, fundiendo cosa y humano para acabar con ambos*. Y así, juega a expulsar a los mercaderes de su templo neoliberal, que entran por la puerta trasera y se alojan en las fachadas listas para las fotos que los turistas toman en el Boulevard de la Unión Europea, ubicado en uno de los países más felices del mundo.

Y luego, protege con más policías el espacio sacralizado, purificado, y ordena luces, y cámaras, y la acción sucede porque, como señala Luis, se inventa filmando y fotografiando los espacios, haciendo registros fenotípicos, reconocimientos faciales;

ya no le hacen falta antropólogos a esta modernidad para medir cráneos y registrar rasgos, los cuerpos ya son ubicables, y a esta cacería sin fin, el Estado, en eterna excepción, destina motos, bicis, carros, perreras y perros. ¡Cuánta inversión desviada de donde más precisa ser destinada a quienes, inflexibles por la necesidad, no responden al ideal de ciudad que desean quienes la sueñan desde sus escritorios sin intenciones mínimas de usarla jamás!

Este libro de Luis es una excelente muestra de investigación seria, que utiliza muchos tipos de fuentes, documentos oficiales, autores de teoría y literatura, y los combina con resultados de su ojo agudo y su análisis inteligente; un libro que San José debería agradecer con su lectura, un libro doloroso que nos muestra la ciudad desde esquinas que se pierden entre lo que se oculta, lo que es aparentemente importante, y lo construido como aparentemente insignificante. Y después de mostrarnos que ni el poder es tan poderoso ni la rebelión tan exitosa, Luis, con su libro, no nos deja con el dedo gordo en la boca y llorando en posición fetal. Antes bien, nos brinda otra ética, piensa ciudades posibles, con ejercicio del derecho a ella y a una que sea lúdica; hace un llamado a planificar no solo **para** sino **con** sus usuarios, a la posibilidad de los sujetos de autoplanificar sus espacios, llama a crear aperturas en vez de obligar a las gentes a forzar lugares, bendecidos por el descuido o la pereza policial, por horas o minutos; llama a anteponer la apropiación a la privatización, se atreve a proponer una ciudad utópica que responda a las necesidades de la gente que la habita, una que mejore sus condiciones en vez de lo contrario, y que premie el encuentro y la solidaridad, y borre las marcas sangrientas de la privatización neoliberal.

Por ello, termino suscribiéndome a los deseos de Luis, de que *"la ciudad no pierda la capacidad de contener lo infinito dentro de su cuadro finito, que es, a fin de cuentas, la paradoja que le da existencia"*.

Portada del libro Cartografías josefinas de Luis A. Durán Segura.



---

**ANABELLE CONTRERAS**

Dra. Phil. en Estudios Latinoamericanos de la Freie Universitaet en Berlín, Alemania. Coordinadora del Doctorado Interdisciplinario en Letras y Artes de América Central (DILAAC) en la Universidad Nacional de Costa Rica y docente de la Universidad de Costa Rica. Ganadora del Premio Nacional de Cultura Aquileo J. Echeverría 2013 en la cartegoría de ensayo. Trabaja en dramaturgia con el el grupo de teatro independiente Abya Yala.

ESTA PUBLICACION FORMA PARTE DE:  
*THIS ARTICLE IS PART OF:*

# REVISTARQUIS

REVISTA DE LA ESCUELA DE ARQUITECTURA DE LA UNIVERSIDAD DE COSTA RICA.  
VOL 1-2015. NUMERO 7.  
ISSN 2215-275X